
El asesor incómodo
Joseph-Marie Córdoba Montoya



Carlos Ramírez



OCEANO

ÍNDICE

Introducción, 17

Perfil personal, 25

Córdoba en el gobierno salinista, 43

El narco: la conexión Bodenstedt, 81

La sucesión presidencial de 1994, 89

El caso Colosio, 109

Córdoba y Zedillo, 149

Conclusiones, 161

Anexo 1. La visión de JMCM, 173

Anexo 2. JMCM, operador del TLC, 176

Anexo 3. Conversaciones interceptadas en los teléfonos
de Marcela Bodenstedt, 178

Anexo 4. “Le ruego se me cite a declarar”, 184

Anexo 5. “La pregunta ofende”, 185

Anexo 6. En el banquillo de los acusados, 192

Anexo 7. “Por su culpa me despidieron”, 222

Índice de nombres, 235

INTRODUCCIÓN

“Por pura complacencia psicológica”

Microhistoria del salinismo

Hacia mediados de 1992, después de que la primera referencia escandalosa a su persona había estallado en la revista *Proceso* en noviembre de 1989, por el asunto de su doctorado concluido pero no acreditado con la tesis, y luego de dos años y medio de actuar desde la oscuridad del poder, la figura de Joseph-Marie Córdoba Montoya era ya un sinónimo de la clase política salinista. Y como tal, comenzó a aparecer en algunos periódicos.

Un columnista político había escrito, también a mediados de 1992, un texto con datos e interpretaciones del papel de Córdoba en México y en el gobierno salinista. La reacción oficial fue directa, como para demostrar el peso del poder. El presidente Salinas envió al secretario de Gobernación, Fernando Gutiérrez Barrios, a hablar con el columnista. No era conveniente que Córdoba entrara en las disputas políticas en los medios. Salinas realmente percibía que su principal asesor era ya, aun en los espacios grises del gobierno, un problema político. Pero si el mensaje al enviar a Gutiérrez Barrios era, en el lenguaje político de Salinas, para atemorizar, la mano suave del secretario de Gobernación —el primero en la jerarquía del gabinete presidencial— buscó más bien el entendimiento.

¿Por qué el presidente de la república usaba a su carta fuerte en política interna para proteger a un funcionario menor —marginal en la estructura de la administración pública— del “acoso” de la prensa? Córdoba se negaba a hablar con los medios en general, aunque tenía algunos —pocos— canales de circulación de información a través

de columnas políticas de periodistas amigos del presidente. Pero aun con ellos Córdoba era parco. En realidad, Córdoba sería bastante más eficaz para Salinas si seguía manteniéndose en la oscuridad del poder político.

Sin embargo, Salinas, a veces, le gastaba bromas a Córdoba por su reiterada discreción. En el segundo semestre de 1993, cuando el proceso de la sucesión presidencial estaba entrando en su fase más importante, Salinas se reunió con un grupo de periodistas de la revista *Siempre!*, encabezados por su directora Beatriz Pagés Rebollar, para celebrar el aniversario de la publicación. En una larga mesa de Los Pinos había treinta y tres periodistas y apenas tres funcionarios. En un momento de la comida, Salinas hizo un gesto de sorpresa con las manos y se dirigió a Córdoba, sentado unos tres lugares a su izquierda.

—¿Es cierto lo que me dice Beatriz, José? —le preguntó Salinas a su superasesor.

Córdoba mostraba, en reuniones abiertas, un exceso de mutismo. No hablaba por dos razones: el temor a decir cosas que no debiera y el miedo a que su acento francés diera que hablar en una sociedad muy dada a cierta crueldad xenofóbica. Por eso, en esa comida con periodistas —a quienes siempre, por lo demás, mantenía bastante alejados—, Córdoba le contestó a Salinas con movimientos de cabeza. El primero fue de interrogación.

—Dice Beatriz que no la has invitado a desayunar.

Córdoba respondió con un movimiento negativo de cabeza.

—A ver —dijo Salinas, dueño de la reunión—, de los que están aquí —y abarcó un grupo de unos seis periodistas, entre los cuales estaban cuando menos dos que lo criticaban abierta y consistentemente—, ¿con cuántos te has reunido?

Teatral a veces, Joseph-Marie giró la cabeza lentamente para mirar a cada uno de los que había abarcado la señal de Salinas, y luego le respondió al presidente con un gesto negativo de cabeza. Con ninguno, dijo ese movimiento.

—Ya ves —dijo Salinas—, por eso te va como te va.

El presidente estalló en carcajadas y algunos de sus invitados también, pero Córdoba no perdió la dureza de su rostro.

Córdoba siempre ha tenido reservas con la prensa. Por eso le costó mucho trabajo entrarle, ya sin el poder, a la política con perio-

distas: cuando menos unas cinco entrevistas, varias cartas públicas y, sobre todo, una comparecencia abierta ante diputados del PRD, su principal adversario político e ideológico. A pesar de que Córdoba se mantuvo alejado de la prensa cuando Salinas lo protegía, tuvo que salir a autodefenderse cuando Zedillo le quitó el halo de la protección del poder.

El Córdoba que en 1997 confrontó a los medios es muy diferente al Joseph-Marie que se mantuvo en la oscuridad del salinismo durante cinco años y cuatro meses; un juego literario stevensoniano del extraño caso del doctor Córdoba y mister Joseph-Marie: el hombre de la inteligencia y el del poder.

Su llegada a México es un misterio que poco a poco se ha ido rasgando como las cortinas del salinismo, y ahora Córdoba parece interesado en ir fijando públicamente su espacio de acción y de movilidad.

Córdoba vino a México procedente de la Universidad de Stanford. Recomendaciones de amigos lo llevaron a la Secretaría de Programación y Presupuesto a finales de 1979. Y, desde entonces, se relacionó con Carlos Salinas de Gortari, quien entró formalmente a la vida pública de México justamente en 1979; antes usó los puestos públicos como becas para sus estudios de posgrado en Harvard. En 1979, llegaron Salinas y Córdoba a la SPP con Miguel de la Madrid, y la amistad duró hasta marzo de 1994, quince largos años.

Córdoba se convirtió en el alter ego de Salinas, su conciencia; la pared del peloteo que siempre necesitó Salinas para no volverse loco. Si Córdoba tenía entonces el perfil del asesor perfecto —discreto, con una vida privada que pocos conocen, sin ambiciones económicas ni políticas—, Salinas por esos años poseía una fuerza de carácter que no le permitía ocultar su peor defecto: la inseguridad. A lo largo de su vida, Salinas dependió siempre de un bastón de apoyo: su padre Raúl Salinas Lozano, su hermano Raúl Salinas de Gortari, su esposa Cecilia Ocelli, durante los primeros años de matrimonio, y Manuel Camacho Solís, en los años de la universidad y de los primeros pasos en la política pública.

Ahí —en ese ámbito psicológico de Salinas— se insertó Córdoba en 1979.

En la SPP, Córdoba fue el pilar económico de Salinas, mientras Camacho lo era en lo político. Ahí nació también la pugna Córdoba-

Camacho, que metió a Salinas en problemas y que enredó el funcionamiento del gobierno salinista. Salinas, entonces director de Política Económica y Social de la SPP, se quedó con Córdoba desde aquel día en que Francisco Labastida Ochoa, subsecretario de Programación de la SPP, le llamó por la red interna para decirle que le iba a enviar a un recomendado. Labastida bromeó diciéndole a Salinas que le iba a gustar el enviado porque hablaba mucho de teoría, de esas cosas que le gustaban tanto a Salinas.

Salinas sostuvo a Córdoba contra todo, al grado de cometer uno de los errores políticos que pagó en 1994: la división de su equipo entre cordobistas y camachistas. Durante años, Salinas quiso mediar en esa pugna pero sólo la escondió evitando el trato directo entre ambos en decisiones de gobierno. Camacho se confió en su amistad personal con Salinas, verdadero pacto de sangre, y, a veces, percibido como un acuerdo medio diabólico entre dos personalidades siamesas —llegaron Salinas y Camacho a entenderse con sólo mirarse a los ojos—; por algo Salinas le dedicó su tesis universitaria a Manuel Camacho. Córdoba tenía la misma relación de identificación con Salinas, aunque menos sentimental que la de Camacho, quizá más fría, igualmente cómplice.

La relación Córdoba-Salinas —el orden se explica por el protagonista de esta historia— tuvo varias etapas:

1. En la SPP, cuando Salinas fue director de Política Económica y Social, de 1979 a 1981. Córdoba entonces era el analista económico más importante del equipo.

2. En la campaña de Miguel de la Madrid, con Salinas como director del Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales (IEPES), de septiembre de 1981 a noviembre de 1982. Córdoba fue, por aquel entonces, el de las ideas económicas con nivel de asesor, pues Camacho, aunque economista, se volvió politólogo en El Colegio de México, y ocupó la subdirección de Asuntos Políticos del IEPES.

3. En la larga temporada de Salinas como secretario de Programación y Presupuesto, de diciembre de 1982 a octubre de 1987. Córdoba fue el asesor económico, aunque con dos etapas como funcionario: a cargo de la dirección general que fue de Salinas y una intermedia como jefe de asesores. Por esos años, Salinas consultaba y usaba a Córdoba ya no sólo para temas económicos, sino para ciertas